



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

4 de agosto de 1888

Núm. 40



LOS NIÑOS Y LA COTORRA

LA CONCIENCIA ES EL MEJOR JUEZ DE NOSOTROS MISMOS

EL califato de Córdoba se hallaba todavía en su apogeo. Habían terminado ya los reinados de Abderrahmán III y de su hijo Al-Hakem, que supieron levantar las ciencias, las artes y las letras árabes á su más alto grado de esplendor. Almanzor *el Victorioso* dirigía los destinos de la España musulmana, preparándose para derrumbar otra vez los estados que los cristianos habían reconquistado.

mientras que el débil y afeinado Hixem II se entregaba sin freno á los placeres.

Alejado por completo, el monarca, del gobierno de sus estados y de las penosas fatigas de la guerra, tenía su residencia habitual y su corte en los maravillosos jardines de Medina-Zara, donde su vida se deslizaba en una continua orgía.



En acecho

Existía por aquel entonces, en la corte musulmana, una pobre mujer que era dueña de un pequeño campo lindante con los jardines del califa Hixem, y aquel terreno insignificante destruía en cierto modo la regularidad de los hermosos pensiles del califa (1).

El jefe de los musulmanes, deseando adquirir á toda costa aquel campo para levantar en él un magnífico pabellón para su regalo, mandó hacer proposiciones á la pobre mujer con el fin de que le vendiera su hacienda. La mujer las rehusó todas, resuelta á conservar aquella pequeña herencia, legado de sus padres, y que ella tenía en mayor estima que las más preciadas riquezas de su poderoso vecino.

(1) *Califa*: voz árabe que significa *sucesor*. Daban este nombre á los príncipes sarracenos que asumían la autoridad política, civil y religiosa. El califa era, á la vez, rey y sumo sacerdote.

Tal resolución puso furioso al califa y avivó más sus deseos de poseer aquella modesta herencia; y llamando á algunos de sus servidores, les ordenó que se apoderasen inmediatamente de aquel terreno, echando de él á su legítima dueña sin satisfacerle el valor. Los criados ejecutaron las órdenes injustas de su señor, y la pobre mujer se vió despojada de su patrimonio, sin que sus lágrimas fuesen bastante para enternecer á los fieros ejecutores de los caprichos de un déspota.

La desconsolada mujer fué á quejarse del hecho al cadí (1) Bechir, el cual, creyendo con justa razón que el primer deber de un monarca es la justicia, no sólo se encargó de la causa, sino que hizo concebir á la despojada lisonjeras esperanzas de un pronto y satisfactorio arreglo.

Satisfecho el califa por el logro de sus deseos, mandó levantar en el terreno usurpado un soberbio pabellón donde solía retirarse á descansar de sus negocios de los continuos placeres de que se hallaba rodeado en su regia morada.

Un día, hallándose solo el califa en su pabellón, vió con sorpresa llegar al cadí montado en un asno y llevando un saco vacío.

—Cadí Bechir,—le dijo el califa;—¿qué es lo que te trae á mi presencia?

—Príncipe de los creyentes,—contestó el cadí;—vengo á suplicarte que me dejes llenar este saco de la tierra que han hollado tus benditas plantas.

Hixem dió su permiso, y Bechir llenó el saco, mientras el califa le contemplaba con extrañeza. Concluída su tarea, se acerca Bechir al califa y le suplica que le ayude á cargar el saco sobre su jumento. Tan extraña petición sorprendió en gran manera al orgulloso califa; pero accedió á la súplica del cadí, gracias al acendrado cariño que profesaba á Bechir, que á la cualidad de hombre de bien reunía la de ser un leal servidor.



En acecho

(1) Cadí es un magistrado musulmán que reúne en sí las diversas funciones de nuestros inspectores y comisionados de policía y alcaldes, desempeñando á veces las funciones de ministro de la religión. De la voz *cadí* ó *al-cadí* viene la nuestra de *alcalde*.

Probó el débil y afeminado Hixem de levantar el saco, pero fueron vanos todos sus esfuerzos.

—Príncipe de los creyentes,—le dijo entonces Bechir;—á pesar de no contener este saco más que una parte insignificante del campo que has usurpado á una pobre y débil mujer, no puedes levantarlo ni sostenerlo: ¿cómo sostendrás, pues, todo su peso sobre tu conciencia cuando te halles ante el tribunal del Supremo Juez?

Quedó Hixem confuso y avergonzado, sin atreverse á fijar su mirada sobre



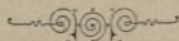
En acecho

aquel hombre justo, que tenía clavados sus tranquilos ojos en el inquieto semblante de su señor.

Repuesto el califa de su estupor, y en un arranque noble y generoso de su corazón, dió orden de buscar á la pobre mujer tan injustamente despojada de su hacienda, y en presencia del mismo cadí le devolvió su campo junto con el rico pabellón que había mandado construir para su regalo.

Sin embargo de no existir nada perfecto en este mundo, no hay ningún hombre malvado por completo. Aun los de corazón más empedernido no pueden eludir la voz de su conciencia.

PEDRO GARRIGA PUIG





LA VANIDAD

UNA de las pasiones más perniciosas que puede sentir la criatura es la vanidad, ya que produce un embotamiento, una atrofia moral de tal naturaleza, que, á la par que antipáticos, nos hace altamente odiosos.

La vanidad nos empequeñece hasta convertirnos en el más ridículo de los seres, ya que todo el mundo se considera con derecho á ridiculizar á los pretensiosos.

Las personas que se hallan endiosadas por su posición, su figura ó su talento, suelen, á pesar de sus pretensiones, faltar con gran facilidad á las reglas de urbanidad y aparecer como más mal educadas: nada tan poco correcto como ocuparse de sí mismo; pero los vanidosos no saben hacer otra cosa, faltando de esta suerte á las más rudimentarias exigencias sociales.

La vanidad es hija de la soberbia, y la soberbia el sentimiento que Dios más severamente castiga en el hombre.

Para encumbrarse mucho, para escalar los puestos más eminentes, es preciso hallarse dotado de un juicio muy sereno y de una cabeza muy firme, pues la excesiva elevación produce vértigos y temibles desvanecimientos.

Y siempre es peligroso sentarse al borde de un despeñadero.

Se cree, vulgarmente, que el orgullo es una virtud, pero tal creencia no pasa de ser una lamentable equivocación. Podrá ser noble la satisfacción que se siente después de haber practicado una acción plausible; pero alardear de ella es una jactancia punible. Toda ostentación es presuntuosa, y la pretensión es la vanidad en su más alto grado.

Nada tan simpático, tan agradable y conmovedor como la humildad, la cual no debe jamás confundirse con la humillación. Ser humilde es ser grande: humillarse es abdicar de la propia dignidad.

La modestia, que huye de mundanales esplendores, es la más santa y cristiana de las virtudes: el servilismo, el aplauso á los poderosos, eso es la humillación.

Jesucristo ofreció á los humildes que reinarian en el Cielo, y por eso fué el primero en dar las más ejemplares muestras de humanidad.

San Pablo, en sus hermosas predicaciones, decía: «Conviene que las mujeres se vistan de un modo decente, y que sus mejores adornos los constituyan el pudor y la humildad.»

Young, sabio filósofo inglés, dice á la mujer: «No tengas nada desnudo: hasta los encantos del espíritu debes envolverlos con el velo de la modestia.»

La sublime Teresa de Jesús, sapientísima doctora de la Iglesia Católica, brilló siempre por su extraordinaria humildad.

Santa Catalina de Sena, Santa Paula, Santa Perpetua, y otras ejemplares vírgenes, fueron tan notables por su excepcional talento como por su humildad.

Santa Isabel, reina de Hungría, fué la mejor de las reinas y la más santa y piadosa de las mujeres. Sus manos preferían curar á los enfermos y leprosos á empuñar el dorado cetro de la realeza. Su augusta frente jamás ciñó otra corona que la esplendorosa de la piedad.

Santa Gertrudis y Santa Marcela fueron, asimismo, mujeres tan modestas como dotadas de profunda sabiduría.

Las niñas, hermanas de las flores, deben semejarse á la violeta, que se



El carnero negro

esconde entre el césped, y no á esas otras flores de ficticia belleza, susceptibles de marchitarse al primer rayo de sol ó al primer soplo del huracán.

Su principal cuidado es huir de los falsos esplendores que les brinda la vanidad.

La niña buena y virtuosa debe amar las pálidas tintas del astro nocturno con preferencia á los esplendores del astro rey. Para ser contemplada á la luz solar es preciso que reuna en sí todo linaje de perfecciones.

La envidia perdona más fácilmente los méritos callados, que sólo al azar se descubren, que los méritos ruidosos, publicados por el bombo, instrumento muy al uso hoy en día: más que el piano, que es cuanto cabe ponderar.

Una niña hermosa y humilde es dos veces bella. La belleza que se encarna en su rostro, puede perderla: la que se encarna en sus sentimientos, ésta no la destruyen ni enfermedades ni el tiempo: por eso constituye su más envidiable galardón.

A. OZORES



El carnero negro

NOCHES DE VERANO

I

—Tiene V. que cumplirnos, abuelito, lo que nos prometió el pasado invierno. ¿No lo recuerda V.?

—No, ciertamente.

—Pues, bien: nos prometió para el buen tiempo, si Luis era aplicado, Julia humilde y dejaba de ser yo algo travieso, lo cual hemos cumplido, y varias veces así lo ha dicho V. dándonos premios, contarnos en las *noches de verano*, para ahuyentar de nuestro lado el sueño, unas lindas historias, que esperaba «que del agrado fuesen de los nietos.»

—No es verdad, Julia y Luis, que nos lo dijo?

—Sí, sí: tienes razón. ¡Queremos cuentos!

—Bueno, bueno, muy bien: así me gusta.

Ramón está en lo justo: ahora recuerdo que prometí contaros cuatro historias si los tres erais dóciles y buenos.

—Yo he sido bueno y dócil.

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—Yo he sido muy puntual en el colegio!

—Yo he hecho sólo novillos una tarde!

—¡Y yo bordé á realce dos pañuelos!

—Perfectamente: entonces es lo justo que mi promesa cumpla: estad atentos. Las siete van á dar: hasta las nueve os contaré esta noche el primer cuento.

* * *

Esta escena pasaba en una granja de un lugar cuyo nombre no recuerdo, en una tibia noche veraniega de esas en que el azul del firmamento resplandeciente luce, salpicado de estrellas rutilantes y luceros.

Los personajes eran dos rapaces, uno de rostro alegre y pícaro; una linda mujer... de nueve abriles, y un viejo de semblante placentero.

En antiguo sillón está sentado, á la sombra de un árbol corpulento que le oculta de Diana á los fulgores; los niños en redor fijan su cuerpo sobre el céspede verde, que mullido les ofrece descanso; y, sonriendo, á su abuelito miran, esperando que el curioso relato dé comienzo.

II

—Pues, señor, era un rey,—el viejo dijo con reposado tono;—un rey galante de una nación pequeña...

—Diga, abuelo,—

leinterrumpió Ramón, con vivo arranque;—¿qué es ser un rey galante?

—¡Hola! ¿Curioso

se nos torna el señor mal escolante?

Eso habla en tu favor. Pues significa que era el rey con las damas fino, amable, dispuesto á sostenerlas y ampararlas siempre que á la justicia no faltase.

—¿Es decir, abuelito, que los reyes no hacen nunca injusticias?

—Mira... no hables.

(¡Caramba con el nieto, y qué preguntas!

¡Lo que es si se les deja á estos rapaces!)

—Cállate ya, Ramón,—dijo la niña,—y no preguntes más, que se hace tarde.

¡Siga usted, siga usted!

—Nación pequeña,

avezada á la lucha y al combate.

El rey, que era un anciano respetado, de una bella princesa augusto padre....

—¿Era joven y hermosa la princesa?—
Julita preguntó.

—Sí, y su semblante,—

el abuelo repuso,—era tan lindo que competir pudiera con un ángel.

Una mañana el rey, en su despacho, sobre una mesa halló largo mensaje en que le hablaban de su casta Armida, nombre de la princesa, asegurándole que de no vigilarla sin descanso, poniendo en su redor fieles guardianes, acaso la robara en plazo breve, de su lado, un astuto nigromante.

—¿Nigromante? ¿Qué es eso?

—Un hombre malo

que por medio de cosas infernales

hace hechizos.

—¡Ah! Entonces era un brujo.

¡Qué miedo!

—Mira, Luis, no te separes.

—Cuando el rey leyó aquello, mandó luego que todos su palacio vigilasen, y él mismo acompañaba á la princesa rodeado de sus nobles y magnates.

Un día fué á paseo, con su corte, á un ameno jardín en que fragantes las flores con su aroma embalsamaban el ambiente, de esencias saturándole.

Olvidada tenía la misiva que le predijo al rey una catástrofe, é iba la hermosa Armida conversando con un mancebo apuesto, algo delante.

Fijaos bien aquí, Luis, Ramón y Julia.

—Ya nos fijamos, ya. ¡Qué bien lo sabe!

—Iba, como decía, sonriente escuchando al mancebo, hijo de un grande que tenía en el reino un alto puesto, cuando ante ellos miraron trasformarse seis lozanos arbustos en seis hombres, cuatro de ellos armados de puñales, que, rodeando á los dos con ligereza antes que de su asombro despertasen, á Armida aprisionaron suavemente escapando con ella por los aires.

—¡Cómo!—Julia gritó.—¿Se la llevaron?

—Así lo dice el cuento; pero... es tarde y debemos dejarlo.

—No, abuelito:

siga contando, siga, hasta que acabe.

—¡Pobre Armida! ¡Robarla!

—¡Qué bribones!

—Y ¿qué pasó después?

—Eso es aparte.

¿Tenéis curiosidad? Pues otra noche os diré de mi historia el desenlace.

III

—Ahí tiene V. el sillón cerca del árbol.

—Eso quiere decir que he de sentarme y contaros el fin de mi historieta.

¿No es eso?

—Sí, señor: veamos qué hace el rey al enterarse del suceso.

—¡Pobrecito papá! ¡Susto más grande!
 —¿Estáis ya colocados? Tú, Luisito,
 no estés así que puedes fatigarte,
 y lo mismo has de oír puesto en cucullas
 que sentado. ¡Ajajá! Ahora escuchadme:
 Cuando llegó la corte al bosquecillo
 donde tuvo lugar el triste lance,
 hallaron al mancebo ensangrentado
 y en su pecho clavados dos puñales.
 —¡Qué malos, abuelito! Y ¿no cogieron
 á los ladrones?

—No, que evaporáronse
 sin un rastro dejar. El rey al punto
 todo lo adivinó viendo el cadáver:
 lanzó un grito de angustia, y diligente
 mandó tropas salir y que indagasen
 de su hija el paradero, al mismo tiempo
 que el castillo del brujo ó nigromante.

—Y ¿se supo, abuelito?

—No, hijos míos.

Se pusieron en juego cuantos planes
 puede idear un padre; y, vano empeño,
 no pudo á la princesa rescatarse.
 Así pasaron días, meses, años.

—Pero, buscando todos, ¿no hubo nadie
 que diese con el brujo?

—Ni uno sólo

con su morada dió.

—¡Qué gran tunante!

—Y ¿se quedó eso así?—preguntó Julia
 con tono triste.

—No.

—Entonces acabe,—
 dijo Ramón,—que estamos deseando
 saber el fin del cuento.

—¡No te enfades!

Pasaron, como dije, muchos meses:
 el rey estaba enfermo: por las tardes
 en el jardín paseaba, y á las flores
 contábales lloroso sus pesares.
 Un día vió una rosa alejandrina
 entre dalias y lirios destacarse,
 de colorido hermoso, y contemplándola
 exclamó: «¡Como tú, no, más brillante
 era mi casta Armida, mi ventura,
 la de rostro envidiado por los ángeles!»
 El rey hizo una pausa, y sorprendido

miró como la rosa, cimbreadose,
 le respondió con voz que era un lamento:
 «¡Yo soy tu Armida, yo, querido padre!
 Córta me del rosal, ponme en tu estancia
 en lugar que ninguno pueda ajarme,
 y á los tres días me verás de nuevo
 en la hija trasformada que lloraste.»
 —¿De veras, abuelito, habló la rosa?
 —Del cuento que lo dice hay que fiarse.
 —¿Y el rey la obedeció?

—De gozo lleno;

y sin que del suceso se enterase
 ni un solo palacio, en lindo búcaro
 escondida la tuvo.

—¿Y luego?

—Antes

del plazo prefijado, la princesa
 presentóse en la corte más radiante
 y más bella que al ser arrebatada.

—¡Qué alegría!

—¿Y después?

—Después... ¡qué diantre!

explicó que el raptor intentó hacerla
 su esposa, y que, negándose ella á amarle,
 la convirtió, como castigo, en rosa,
 y un día, trasportada por el aire,
 del lejano jardín del torpe mago
 fué á parar al palacio de su padre.

—Y ¿el mago quedó libre?

—No, hijos míos:

las tropas consiguieron capturarle,
 y encerrado en oscuro calabozo
 todas juntas pagó sus malas artes.

—¡Me alegro, por bribón!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

—¿Os alegráis los tres? Pues adelante.
 También me alegro yo. Y ahora, mocitos,
 dejemos las historias y á acostarse;
 y si dóciles sois...

—Sí, lo seremos.

—Entonces otro día, Dios mediante,
 os contaré otro cuento delicioso
 titulado: *La ninfa de los mares*.

FLORENTINO LLORENTE (FLORETE)

Valladolid

* NUESTROS GRABADOS *

LOS NIÑOS Y LA COTORRA

Cierta señora tenía una cotorrita que no hubiera dado por nada del mundo, porque era su mayor recreo. Todos los niños de la vecindad la querían mucho también, y cuando iban á la escuela deteníanse delante del ave para decirle:—Buenos días, Marianita;—pues así se llamaba la cotorra. Con frecuencia ofrecíanle alguna golosina, sólo para tener el gusto de oírle dar las gracias en su singular lenguaje.

Llegó un día en que el ama del ave perdió la mayor parte de su fortuna y fuéle preciso trasladarse á otra ciudad para vivir más económicamente.

Cuando llegó la hora de la marcha, observóse un repentino cambio en la cotorra, que permaneció triste y muda cuando sus amiguitos se despidieron de ella.

En la nueva casa, la cotorra no se tranquilizó: quejábase todo el día y gritaba de continuo:—Mariana no quiere estar aquí.

Una vecina, cansada al fin de oír siempre la misma queja del ave, buscó otra casa para evitar aquella continua molestia.

Durante catorce días la pobre cotorra repitió siempre su plañidero grito; y al fin, habiendo rehusado todo alimento, murió de pesar, profiriendo hasta su última hora la misma queja.



Una travesura

EN ACECHO

Ricardito, apoyado en el tronco de un árbol, con un brazo sobre la frente, espiaba un grupo de niños que, agrupados alrededor de un manzano, parecían reflexionar sobre los medios de que podían valerse para coger un poco del sabroso fruto.

—¡Ya os veo!—gritó Ricardito ahuecando la voz todo lo posible, sin duda para que creyeran que era un hombre.

Todos los niños volvieron la cabeza y echaron á correr creyendo que era el guarda; mas, como no viesen después á nadie, volvieron presurosos, comenzaron á buscar por todas partes, y al fin descubrieron á Ricardito, que se rió mucho del susto que acababa de dar á sus compañeros.

EL CARNERO NEGRO

El labrador Sebastián tenía un rebaño de sesenta carneros, y el joven Manolito poseía sólo seis, de los cuales sacaba todo el partido posible. Cuando llegaba el tiempo oportuno, cortábales la lana y la vendía á buen precio. También tenía una vaca, cuya leche le proporcionaba bastantes beneficios, expendiéndola diariamente. No malgastaba nunca su dinero en golosinas ni en cosas superfluas, sino que llevaba á la caja de ahorros todo aquello de que podía prescindir, pues habíase propuesto comprar un molino cuando fuese mayor de edad.

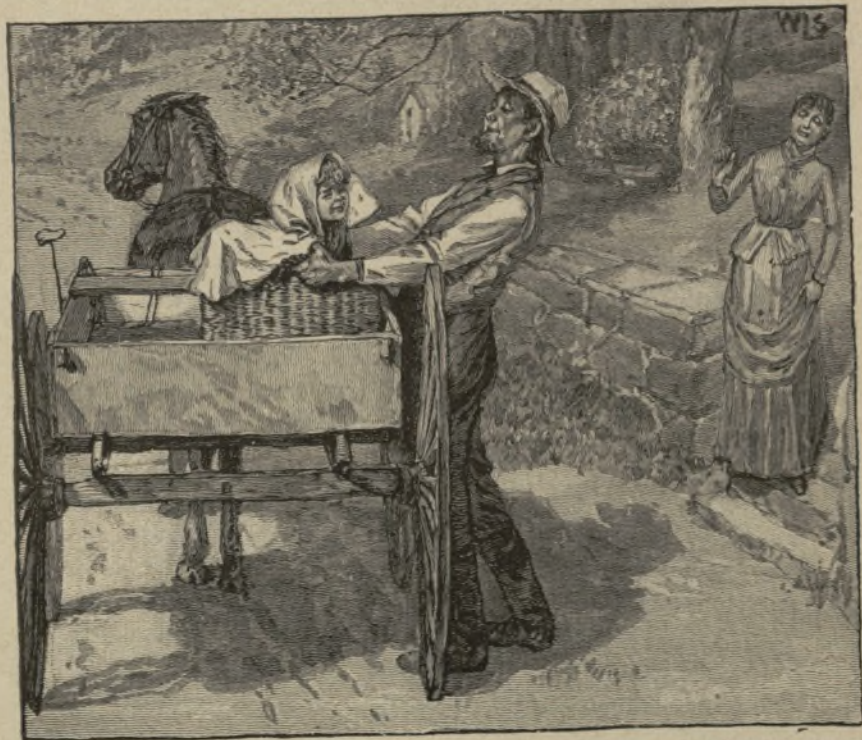
El tío de Manolito, también labrador, tenía muchas cabezas de ganado de la misma especie, contándose entre ellas varios carneros negros, uno de los cuales era sumamente manso. Samuel manifestó deseos de poseerlo, y su tío accedió á cambio de otro blanco, por lo cual el joven fué á buscar uno de sus animales para obtener el que deseaba.

Efectuado el cambio, Manolito volvió á su domicilio muy contento, y condujo el carnero negro al pasto para que estuviera con los demás. En aquel momento hallábanse diseminados

dos, arrancando la yerba tranquilamente; mas apenas vieron á su nuevo compañero, comenzaron á correr, sin duda porque no habían visto hasta entonces ningún carnero de vellón negro, y manifestáronse tan atemorizados como si los hubiese perseguido algún perro rabioso.

El recién llegado no se asustó lo más mínimo; y, muy lejos de ello, corrió en seguimiento de los que huían para reunirse con ellos. Uno de los carneros blancos, más animoso que sus compañeros, deteníase á veces para hacer frente al negro, movía la cabeza con aire amenazador, y después alejábale otra vez corriendo.

Al fin Manolito sacó del pasto al cordero negro y llevóle á un cobertizo; pero su padre le



Una travesura

aconsejó que esperase la noche, y que le introdujera en el patio cuando estuvieran reunidos los demás, para que se acostumbraran á su presencia. Hizolo así Manolito apenas oscureció, y, como no se distinguía el color de su lana en las tinieblas, ninguno se espantó.

Cuando Manolito fué al patio al día siguiente, vió al carnero negro echado entre los demás, los cuales no conocieron, sin duda, el día antes, que era animal de la misma especie que ellos. Desde aquel día fueron sus mejores amigos.

UNA TRAVESURA

La niña Adela fué al campo para pasar allí algún tiempo con sus padres. Estos enviaban todas las semanas la ropa blanca á un pueblecillo inmediato para que la arreglasen, y el hombre encargado de llevarla se servía de un carrito en el cual cargaba los cestos. Adela iba algunas veces con él, porque esto servía de recreo.

En una ocasión había obtenido ya permiso para ir; pero cuando sus padres supieron que el hombre debía permanecer algunos días en el pueblo, juzgóse conveniente que la niña se quedara en casa.

Adela comenzó á mirar tristemente el cesto lleno de ropa que estaba en el patio, y de improviso ocurrióle una idea: acercóse al cesto, levantó una sábana que lo cubría, é introdujose en el interior, permaneciendo allí inmóvil.

El hombre tardó algún tiempo en llegar; pero presentóse al fin, cogió el cesto entre sus robustos brazos y lo puso en el carro.

Apenas lo hubo hecho, parecióle que la ropa se agitaba, y un momento después vió asomar por debajo de la sábana una rizada cabeza y unos ojos que le miraban con expresión de curiosidad: era que Adela se había dormido y acababa de despertarse.



Pablo y el perro

En el mismo instante llegaron sus padres, que la habían buscado por todas partes, y no pudieron menos de reírse al ver á su querida Adela en el cesto.

PABLO Y EL PERRO

Pablo, muchacho de diez ó doce años, se preparaba para asistir á las bodas de oro de sus abuelos, que contaban ya cincuenta años de casados, y todos los hijos y nietos debían asistir á la ceremonia. ¡Qué larga le pareció á Pablo la noche de la víspera! Parecíale que nunca iba á llegar al día siguiente, pero al fin amaneció; y al ver la impaciencia del chico, sus padres le permitieron marchar antes que ellos.

Al llegar á la estación del camino de hierro, Pablo vió un perrito perseguido por otro muy grande, de los llamados de Terranova.

—¡Búscale, búscale!—gritaban algunos niños ociosos que estaban mirando.



Mal día

- ¡Qué mal corazón tienen esos pilletes!—pensó Pablo.
—¡Anda con él!—repetían los muchachos.
Estimulado por aquellos gritos, el perro grande se precipitó contra el pequeño.
—¡Detenerle!—gritó Pablo.—Seguramente le matará; y de todos modos es una crueldad inducir á los pobres animales á morderse.
—¡Búscale, búscale!—volvieron á gritar los chicos sin atender á razones.
—Pues yo les separaré,—dijo Pablo, montando en cólera.

Y, sin añadir palabra, precipitose sobre el perro de Terranova, sujetándole con toda su fuerza y dando tiempo á su atemorizada víctima para que huyera.

—¡Bravo!—gritó un agente de policía, amenazando á los pilletes, que huyeron al punto.

—¿Qué es eso? ¿Qué hace Pablo?—exclamaron los padres de éste, que llegaban en aquel momento.

El muchacho, agotada ya su fuerza, soltó al perro y comenzó á llorar; pero el agente de policía refirió el hecho, elogiando de tal modo el acto valeroso de Pablo, que éste se consoló.

El chico siguió á sus padres; y olvidaba ya casi su aventura, cuando al volver la cabeza quedó sorprendido al ver que le seguía el perro de Terranova, dirigiéndole una triste mirada como si solicitase su protección.

—¿Podré guardarlo, papá?—preguntó Pablo.

—Si no hay quien lo reclame,—contestó el padre,—no hay inconveniente en que lo conserves; pero con la condición de que no le maltrates y hagas con él como quisieras que hicieran contigo.

Pablo lo prometió así; y si el perro hubiese podido hablar, habría dicho que cumplió su palabra. No contento con esto, consiguió que su papá le diese el dinero necesario para comprar un collar, y su perro le recompensó con sus repetidas pruebas de cariño.

MAL DÍA

—No te acerques á mí, ladronzuelo,—decía la niña Sofia á su gato,—porque te has bebido esta mañana la leche de mi almuerzo, y debería castigarte. Todo me sale mal hoy: ahora estoy aquí porque no me dejan salir con el vestido que yo quiero y he llorado y pataleado. Yo he de permanecer aquí mientras mis compañeras se divierten, y fuerza es resignarse al castigo. ¡Vamos, hoy tengo mal día, y no quiero que te acerques á mí, gato!

CASTILLOS DE NAIPES

La bella Margarita, niña de cuatro años, era muy agraciada y querida de sus padres, pero tenía un defecto muy enojoso: cuando sentía apetito echábase en el suelo y comenzaba á gritar; y si le hacían algo que le enojase mucho, pataleaba como si estuviese furiosa. Su papá estaba casi siempre en el mar, y vivía con su mamá y su abuela, que, amándola mucho, hacían todo lo posible para extirpar sus malas costumbres. Si se la encerraba en un cuarto, gritaba ruidosamente, y más de una vez se la envió á la cama sin cenar; pero todo era inútil.

—¿Qué haremos para corregir á esta niña?—dijo un día la abuela.

—He pensado en un medio,—contestó la madre,—y apenas se presente ocasión lo probaremos.

Cierto día lluvioso, Margarita y su madre estaban sentadas en el suelo, haciendo un castillo de naipes, y colocaban éstos muy despacio y cuidadosamente para obtener la mayor altura posible.

Margarita estaba muy contenta: palmoteaba en señal de aprobación, y apenas se atrevía á respirar; pero cuando su mamá puso el último naipe, todo el edificio se vino al suelo.

La niña se puso muy colorada, mas no tuvo tiempo para gritar, pues con gran sorpresa y terror vio á su mamá, risueña un momento antes, revolcarse en el suelo, gritando como si estuviese loca, y dando golpes en la alfombra con sus puños. La niña palideció de miedo sin atreverse á levantarse ni á decir una palabra hasta que su mamá permaneció tranquila.

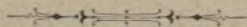
Entonces acercóse á ella y murmuró:

—Te ruego, mamá, que no hagas esto otra vez, pues conozco que es muy feo, y yo no lo haré tampoco.

La primera vez que Margarita se enfadó, miró primero á su mamá, y díjole después de observar su fisonomía:

—No tengas cuidado, que no gritaré.

Y desde aquel día Margarita quedó corregida.



EL CENTÉN DE TERESITA

(Continuación)

Al oír esto el señorito Alfonso, levantóse y bostezó con prosopopeya. Carlota, sin embargo, no aceptó sus elogios, y volvió á su manía de que no servía para nada; después de lo cual dijo:

—Seguramente que Teresita preferiría hallarse aquí, en este cuarto tan calentito, hablando contigo ó jugando á las damas con Alfonso, que no encontrarse fuera, casi de noche, con un tiempo como este; pero sin duda se habrá entretenido en casa de algún desgraciado, de algún enfermo que la necesitará. ¡Es tan buena y animosa!

—Y, sin embargo, ¡tiene tan poco juicio!

—¡Vaya una salida! ¿Sabes que está muy mal dicho eso que acabas de decir?

—Pero ¡por Dios, Carlota! Tú misma has sido testigo, no una, sino cien veces, tan bien como yo, de los disgustos y malos ratos que nos proporciona Teresita con ese afán que tiene por meterse en las cosas que no le importan. Quiere siempre arreglarlo todo según se le antoja, sin consultar nunca á las personas que son más cuerdas y tienen más edad que ella; no le deja á nadie en reposo, quitándole todo de ahí para ponerlo allí, sin saber en lo que vendrá á parar todo ello; les promete cosas que no está en disposición de cumplir; y en fin, que es lo que yo le digo muchas veces, no acierta á comprender que lo mejor es enemigo de lo bueno. Creo que nadie me dejará mentir.

—Está bien,—dijo Carlota;—pero Teresita hace todo eso con buen fin.

—No diré que no,—replicó Alfonso.—Pero ¿por qué se figura que ha de hacerlo ella mejor que nadie? ¿No está ahí mamá para que la advierta? Pero, en fin, dejemos eso, que al fin y al cabo es poco divertido. ¡Anda! Enciende la lámpara, Joaquín, y haremos los dos esa partida de damas. A ver, vosotros,—continuó, dirigiéndose á los pequeñitos, que estaban ahora divirtiéndose con el azogue;—¿quién me quiere hacer el favor de ir á buscarme el pañuelo que me he dejado sobre la mesa?

Uno de los niños se apresuró á acceder á lo que pedía Alfonso.

—¡Hombre!—dijo éste.—A saberlo te hubiera dicho que me lo trajeses con unas tenacillas. Y ¡cómo llevas las manos!

—Es el *mercudío*,—dijo el rapaz.—Esto ennegrece los dedos.

—Sí, hombre, ya sé; pero es igual. ¡Bueno te has puesto, chiquillo! Héte ahí hecho un Rey Midas; sólo que así como éste volvía en oro cuanto tocaba, tú lo volverás plata: no estará mal por eso. Cuidado con meterte ahora el dedo en la boca, que el azogue es veneno. Bueno: vete ahora. Vamos allá, Joaquín.

Apenas se habían cómodamente instalado en la mesa los dos colegiales, cuando se levantó bruscamente la *portiere* y entró con rápido paso una niña. Era Teresita Arregui. Sus cabellos rubios, descompuesto el peinado, colgaban en largos rizos sobre sus hombros; la mantilla estaba empapada en escarcha, y á cada movimiento que hacía caía sobre la alfombra la nieve de que venía salpicada.

—Oye, *Teré*,—dijo Alfonso.—Hazme, ante todo, el favor de cerrar la puerta, pues te aseguro que nadie ha manifestado deseos de tener nieve aquí dentro: bastante hay con la de fuera. Eres toda una garapiñera ambulante. Pero ¡no te acerques, criatura! Estoy cierto de que ha bajado el termómetro así que has entrado tú.

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Aritmografía

Cantábrico

Charadas

Valladolid.—Cánovas.—Adivina

Rompecabezas

BALTASAR
LEOPOLDO
FERNANDO
LEONARDOLEOCADIO
EMETERIO
SERVANDO
FEDERICO

+ PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES +

PROBLEMA NUMÉRICO

Buscar cuatro números de los cuales el 1.º sumado, el 2.º restado, el 3.º multiplicado, y el 4.º dividido por un mismo número, den un mismo resultado.

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO

LOGOGRIFO

1	2	3	4	5	6	7	8	=Nombre propio.
3	8	4	5	6	7	2	1	=Nombre propio.
4	6	5	7	2	1			=Apellido de un notable poeta.
7	2	3	6	5				=Pieza de ajedrez.
7	2	3	8					=Cuadrúpedo.
			8	6				=Metal.
			7	5				=Planta.
				8				=Vocal.

A. ALVARO



Castillos de naipes

INTRÍNGULIS

Buscar una palabra la cual, quitándole la última letra, dé sucesivamente los siguientes resultados:

1.º, un sabio griego; 2.º, un juego de naipes; 3.º, astro; 4.º, voz de mando; 5.º, consonante.

MARÍA Y JULIO ARRIRAS

CHARADAS

—Si adivinas mi primera muy dos y tercera serás.—
Esto decía mi todo á su amigo Sebastián.—CAPS

Doña prima, dos, tres, cuatro tiene dos hijas muy guapas: la una se llama una dos y la otra *tercia y cuarta*.

MANUEL L. VICIOSO

ROMPECABEZAS

Por el hilo se saca el ovillo.
Quien mucho abarca poco aprieta.
¿Quieres que te siga el can? Dale pan.
Mala yerba nunca muere.
Quien mal anda mal acaba.
A mal año no hay pan duro.

Con una palabra de cada uno de estos refranes, fórmese otro refrán.

GUILLERMO ORTEGA

+ Las soluciones en el número próximo +

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.